

EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL, O IMAGÍNATE QUE HAY GUERRA Y TÚ VAS*

Hans Christoph Buch

Por encargo del semanario *Die Zeit*, el escritor Hans Christoph Buch ha estado en varios de los escenarios bélicos de los últimos años: Liberia y Sierra Leona, Burundi y Ruanda, Zaire y Sudan, Bosnia y Chechenia, Algeria y Kósovo, Camboya y Timor Oriental. Exponiéndose voluntariamente al peligro, Buch se propuso averiguar cómo viven y de qué mueren nuestros congéneres al inicio del siglo veintiuno. Pero también quiso averiguar algo sobre sí mismo. Algo que no sabía antes y que sólo podía conocer a través de esta experiencia.

HANS CHRISTOPH BUCH. Escritor. Nació en Alemania en 1944. Licenciado en literatura eslava y alemana. Autor de ensayos, poesía y de varias novelas. Entre estas últimas, la trilogía sobre Haití, *The Wedding at Port-au-Prince* (Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1986 [original en alemán, 1984], *Haiti Cherie* (1990) y *Rede des toten Kolumbus am Tag des Jüngsten Gerichts* (1992, El Discurso de Colón en el Día del Juicio Final).

* Traducido del alemán por Margit Schmoll y Haydée Oberseuter.

1

Imagínese que acaba de aterrizar en Dili, la capital de Timor Oriental, y que está delante de una camioneta pick-up, toda abollada, en cuya cubierta diez personas encadenadas entre sí, hombres, mujeres y niños, fueron rociadas con bencina y quemadas vivas: un grupo laokoon, que no está hecho de mármol, sino de carne humana carbonizada. Prefiero ahorrarme el espectáculo de los huesos que salen de la carne chamuscada para hablarles de las flores y las monedas que los habitantes esparcen sobre las cenizas, para apaciguar los espíritus de los asesinados. Eso es más consolador.

Usted me dice que no se lo puede imaginar, que Timor Oriental está demasiado lejos. Esta excusa no vale, pues en estos tiempos de globalización ya no hay islas remotas, y en términos virtuales todos los puntos del globo se han acercado por igual a su hogar. Aún así, aceptaré como válida su excusa. No tiene tiempo ni dinero, dice usted, para volar a Darwin, en Australia del Norte, para acreditarse ante la UNAMET o INTERFET —así se llama la misión de cascos azules enviada a Timor Oriental— y de volar con un avión militar a Dili, lo que no le costará un centavo, si posee una credencial de prensa o trabaja para un organismo de ayuda. Pero antes tendría que solicitar una visa de Indonesia, lo cual puede ser bastante engorroso, dado que Timor Oriental hoy sólo pertenece *de jure* y ya no *de facto* a Indonesia. Y no quiero ocultarle que la comunicación verbal allá es difícil, porque ya no se habla ningún idioma europeo —sólo los timorenses más viejos entienden portugués, mientras que los jóvenes, la mayoría de la población, sólo habla *bahaza indonesia* y *tetum*, un idioma local. Más encima, en Dili no hay hoteles ni restaurantes, no hay agua ni electricidad, en cambio abundan los mosquitos y los cocodrilos de agua salada, que hacen imposible bañarse en el mar. Sin embargo, la posibilidad de ser devorado por un cocodrilo es infinitamente menor comparada con el riesgo de ser alcanzado por la bala de un rebelde pro Indonesia; e incluso esto es menos probable que el peligro de contagiarse de tifus o malaria.

2

¿Qué le parece el Kosovo en su lugar? Pristina está a sólo dos horas de vuelo de Viena o Berlín, si así lo desea, incluso puede ir en automóvil; la moneda única es el marco alemán, cuyo poder adquisitivo es mayor que en la propia Alemania y para el ingreso basta con el carnet de identidad.

De modo que imagínese que acaba de llegar a Gjakovë, que en serbio se llama Djakovica, y se encuentra delante de una fosa común que se abre en su presencia. Sobre la tierra suelta, una parka embarrada, de cuya manga vacía se desliza un gusano. El guía local que está a su lado comenta, casi al pasar, que esta parka pertenecía a su amigo fusilado por policías serbios, y a quien sepultó a escondidas junto a otros asesinados en su huerto antes de que las autoridades pudieran hacer desaparecer los cadáveres. Más tarde, pasando por el antiguo casco musulmán de la ciudad, llena de muescas, carcomida por los impactos de artillería, el hombre señala una ruina ennegrecida por las bombas incendiarias, diciendo que ésta es su casa; sólo el Porsche traído de Alemania, adquirido con el dinero que ganó como trabajador inmigrante, sobrevivió a la guerra intacto, escondido en una parva.

Usted le ofrece un cigarrillo, pero el guía declina cortésmente su oferta, a pesar de que, como dice, no ha fumado un Marlboro en tres meses. Usted le quiere dar todo el paquete, pero él opina que ése sería un regalo demasiado valioso, y a regañadientes acepta un solo cigarrillo, que guarda en el bolsillo de la camisa, para fumarlo después. Enseguida lo lleva al antiguo cuartel central de la policía, una mole de concreto, de varios pisos, en cuya fachada un misil teledirigido de la OTAN —un *Cruise Missile* o *Tomahawk*— ha abierto un profundo boquete. La escalera sigue intacta y usted trepa sobre montones de escombros y vigas de acero destrozadas hacia una oficina en el piso superior, sobre cuyo escritorio se acumulan fichas con fotografías de búsqueda e impresiones dactilares; junto a ellas —como en una mala película—, una botella de Sliwowitz a medio vaciar y una ajada revista pornográfica. “Éste”, le dice su guía sacudiendo la ceniza de una ficha empolvada, “era un primo mío, que fue torturado hasta morir en el sótano de la comisaría. Y eso que no tenía nada que ver con la UCK.”

Al salir del edificio se ve rodeado por mujeres con rostros marcados por el llanto, que enarbolan fotografías de sus maridos, hermanos e hijos secuestrados por la milicia. Una madre pide su ayuda para buscar a su hijo de quince años que ha desaparecido hace seis semanas sin dejar rastro. Le es difícil hacerle entender a la mujer que usted no es un miembro de la organización de ayuda a los refugiados de Naciones Unidas, la UNHCR, o de la Cruz Roja, y se siente infinitamente miserable al hacerlo.

3

O usted camina sobre asfalto hirviente sobre el que el sol de medio-día proyecta su acortada sombra, hacia un punto de control vigilado por la

policía especial serbia. La calle está desierta, con excepción de un hombre viejo sobre una bicicleta que arrea una vaca flaca. Al ver a los policías dobla por un patio interior. Un mercenario en uniforme negro que lleva gafas oscuras y —como aprenderá más tarde— se llama Milan Petrovic, al verlo acercarse carga su arma —no una Kalashnikow, sino un fusil de asalto belga— y grita en alemán con el inconfundible acento del trabajador inmigrante “Hier nix Nato, hier Srbja!” (Aquí no OTAN, aquí Serbia). —“Yo no Otan, yo Maradona”, contesta el periodista argentino que lo acompaña, pero el mercenario no tiene sentido del humor, hoy no está para bromas, y le arranca un crucifijo que cuelga de una cadena de oro en su cuello, mientras lo amenaza con el fusil.

En este punto usted protesta y quiere saber por qué le cuento tales historias de horror, extendiendo toda la miseria del mundo ante usted, la cual, aunque quisiera, no podría cambiar, porque está fuera de su ámbito de influencia y además es “nieve de ayer”. ¿Cómo podría usted, como auditor o lector, reaccionar, si no es acusando el *shock* y sintiendo vergüenza, rabia impotente o consternación? Si al menos yo llamara a realizar colectas, para aliviar la miseria más agobiante —¿pero así? A mi pregunta retórica de si usted acaso no siente curiosidad por el estado del mundo en el que vive, usted responde señalando que su capacidad de recepción frente al sufrimiento ajeno es limitada, y me da a entender que tiene suficientes preocupaciones propias y que prefiere el práctico y concreto amor al prójimo a un abstracto amor a seres lejanos, que no obliga al denunciante a nada y sólo sirve para exhibir su conciencia tranquila. Pero hay una objeción que lo hace pensar, a saber: la pregunta de si aquello que es posible en otras partes, no pudiera ocurrir mañana o pasado mañana delante de su propia puerta. La ciudad de Prizren, cuyo jefe subrogante de la policía, Milan Petrovic, según informaciones de los investigadores de Naciones Unidas, torturó hasta matar a civiles kosovo-albaneses, sólo está a una hora y media de vuelo de Munich.

Es el primer día de la misión de la OTAN y la Corte de Derechos Humanos de La Haya aún no ha enviado observadores al Kosovo. Hace sólo dos horas que las unidades blindadas de vanguardia de las Fuerzas Armadas Federales (alemanas) cruzaron la frontera albanesa cerca de Kukes, acercándose lentamente a los distritos periféricos de Prizren, donde esta vez el jefe subrogante de la policía no descarga su ira en los habitantes del lugar —sus víctimas habituales— sino en dos periodistas que esperan en el puesto de control para tratar de llegar al centro de la ciudad. Me arranca la credencial de prensa de la mano y la pisotea con los tacos de sus botas, y cuando el periodista argentino que me acompaña protesta,

gritándole *hijo de puta*, el jefe de la policía explota en un acceso de rabia, agitando el fusil cargado delante de nuestras caras y hundiendo el arma en el cuello del argentino, en el que se hinchan venas azules. Yo temo por mi vida y trato de calmar a mi colega, quien con las puntas de los dedos, como si se tratara de algo asqueroso, empuja el cañón del fusil a un lado, lo cual no mitiga precisamente la ira del jefe policíaco, al contrario, regaña los dientes como un perro asesino que en cualquier momento saltará al cuello de su víctima.

En este instante se acerca —como venida del cielo en nuestra ayuda— una ruidosa caravana de vehículos de las Fuerzas Armadas Federales: tanques Leopard con soldados sudorosos, llenos de risa que nos saludan alegremente desde la torre de un tanque, como si creyeran en un malentendido o una broma. Un ruido ensordecedor, una nube de gases de escape nos envuelve, y cuando el polvo desaparece, ya hemos cruzado el control, a la sombra de dos camiones, burlando a nuestro vigilante, que se sacude el polvo del uniforme, tosiendo y profiriendo garabatos.

En la conferencia de prensa vespertina, en la antigua sede de la OSCE, que ahora sirve como cuartel del Estado Mayor, el general a cargo del comando habla de un éxito total: el ingreso del contingente alemán de la OTAN se habría realizado de acuerdo con lo planeado, y a pesar de la tensa situación sólo se registrarían casos aislados de saqueo y desmanes. A mi pregunta por Milan Petrovic, el jefe subrogante de la policía, buscado como criminal de guerra, quien aún horas después de la llegada de las tropas de la OTAN había vejado y amenazado con su arma a periodistas, el general da una respuesta esquiva: los reporteros extranjeros están aquí bajo su propia responsabilidad, dice, su protección no forma parte de las tareas de la OTAN. De barreras en la carretera no se percató; en caso de existir tales puestos de control, éstos serían ilegales y tendrían que ser eliminados. “¿Más preguntas?” No, no hay más preguntas. Que a esta misma hora un periodista alemán, su chofer y traductor fueron acribillados al norte de Prizren en una emboscada, es algo que aún ignoro en este momento.

4

“¿Por qué hace esto? ¿Por qué se expone voluntariamente al peligro, señor Buch?” Fuera de una desconcertada sonrisa no tengo respuesta a esta pregunta recurrente, porque no lo sé bien; ni yo mismo tengo claro el motivo de mi accionar. El entusiasmo patriótico queda tan excluido como la convicción política, aquel ímpetu moral que alguna vez motivó a

los intelectuales a participar en la Guerra Civil española o en la campaña de los aliados contra Hitler. Yo no soy un soldado del frente como Ernst Jünger y tampoco un temerario como Ernest Hemingway, cuyo ideal pubertario del macho se alimentaba de vivencias de combate y de caza, sino que soy un observador pasivo, quien, sin intervenir en los acontecimientos, toma partido apasionadamente —una *contradictio in adiecto*, que debo aceptar tal cual. Ciertamente forma parte de ello el espíritu aventurero, pero la palabra curiosidad lo describe mejor: curiosidad por la condición humana después de la Guerra Fría —quiero saber cómo viven mis congéneres al inicio del siglo 21 y de qué se mueren—, pero también curiosidad por mí mismo. Al colocarme en situaciones extremas quiero averiguar algo sobre mí mismo.

Lo que no me interesa es lo que aparece publicado en los diarios. También la pregunta de si los medios de comunicación manipulan mi percepción y cómo lo hacen sólo me interesa en forma marginal. Clauzewitz escribe: “En la guerra más que en cualquier otro lugar del mundo, las cosas se dan de manera distinta a como uno las pensó, y se ven diferentes de cerca que de lejos”. La realidad es más bárbara que lo que muestra la televisión (al espectador se le ahorran las imágenes más terribles), y a la vez menos terrible, porque no se mata y se muere así en todas partes en forma simultánea. Las colosales batallas, como las de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, no las viví, sólo la así llamada *low intensity war* o guerra de baja intensidad, que destruye mercados en vez de fábricas y chozas en vez de palacios. La excepción: la capital chechena, Grosny, cuya aniquilación, sin embargo, no provocó la misma indignación en los medios de comunicación que el ascenso evitable del populista de derecha austríaco Haider. La censura y la manipulación no ocurren sólo a nivel de la opinión, más bien comienzan antes, cuando se decide sobre de qué parte del mundo se informará, dónde y con qué detalle.

Aun a mediados de los ochenta, reportajes en vivo sobre el Khmer Rojo en Camboya o los combates en Chechenia —entonces aún parte integrante de la Unión Soviética— eran tanto técnica como políticamente imposibles. Hoy, los computadores, fax y teléfonos satelitales transmiten en fracción de segundos textos e imágenes de un punto del planeta a otro, burlando fácilmente cualquier control estatal y censura. La otra cara de la medalla del progreso son los reporteros que no saben nada de la historia y la cultura del país en el que se movilizan, menos aún de su lengua. Esto tampoco es necesario, dado que todos los datos y hechos están almacenados en el computador y el texto redactado por ellos no es más que un título al pie de una imagen. El productor de palabras se convierte en el asistente

del fotógrafo, que recibe un sueldo más alto y por lo tanto es irremplazable: los buenos fotógrafos son escasos, pero productores de texto hay como arena en el mar.

Lo contrario del reportero es el experto al que no le gusta mucho salir de su oficina en el instituto; en vez de ir al frente de batalla, va a la biblioteca o un piso más abajo, al archivo. Se luce en los congresos internacionales con conocimientos especializados, cuya recopilación encarga a sus estudiantes y la elaboración a sus asistentes, antes de pasarlos al gobierno. Y he aquí un nuevo tipo que hoy se encuentra en todas las regiones en crisis, a saber: el reportero mochilero, el equivalente periodístico al turista mochilero —por lo general un estudiante de Canadá o los EE. UU., que armado de *laptop* y cámara de video vaga por algún territorio en guerra, siempre en peligro de ser detenido y fusilado como espía, porque nadie le cree que está recopilando material para su tesis de magister. Quien, como yo, sólo está armado de lápiz y block de apuntes, tiene mejor suerte: los combatientes de las partes en conflicto lo toman por un sacerdote o un médico que puede curar sus dolencias físicas y espirituales, mientras que los reporteros de la televisión lo miran, con una sonrisa compasiva, como un vestigio de la era de Gutenberg.

5

Pero yo no soy periodista de profesión sino escritor, y no soy el primer autor en ir voluntariamente a una guerra, sin estar obligado —como sucede normalmente— por fuerza mayor o por el Estado. Desde mediados de los años 90, por encargo del semanario *Die Zeit* y otros medios de comunicación he visitado numerosas regiones en crisis o en guerra —Liberia y Sierra Leona, Burundi y Ruanda, Zaire y Sudán, Bosnia y Chechenia, Algeria y Kosovo, Camboya y Timor Oriental—, no como reportero profesional, sino como escritor. Aquí está también la respuesta a la pregunta formulada más arriba: hay desafíos existenciales que un autor debe enfrentar, si desea averiguar algo sobre sí mismo y el mundo que lo rodea que no haya sabido antes. Hablo de situaciones límite como el nacimiento y la muerte, la prisión y el exilio, la tortura y la guerra; experiencias que superan nuestra capacidad de imaginación y que por ello no son posibles de reproducir en el escritorio en casa, sino sólo exponiéndose al peligro y alejándose de su escritorio. La literatura lo ha hecho en todas las épocas.

En el verano de 1851 el conde Lev Nikolaivich Tolstoi viaja al Cáucaso. En vísperas de cumplir 23 años, el 28 de agosto, se desahoga en su diario de vida: “He tenido a mujeres, me he mostrado débil en muchos casos, en el simple trato con las personas, en el peligro, en el juego de naipes y aún estoy lleno de falso pudor. He mentido mucho. He venido a Grosnaya, Dios sabe para qué”.

La ciudad de Grosnaya, llamada así en recuerdo de Iván el Terrible, hoy Grosny, la capital de Chechenia, ya fue en aquella época escenario de una guerra que desde hace décadas rebrotaba una y otra vez. Tolstoi emprendió aquel viaje cansador y peligroso acompañado por su hermano mayor a expensas propias para participar como observador en una campaña del ejército ruso contra rebeldes chechenos. A pesar de no haber servido en el ejército y de no ser entendido en cuestiones militares, sueña con una carrera como oficial de la nobleza. A la vez quiere ser escritor, por lo que desea recopilar material para un cuento o una novela sobre la guerra en el Cáucaso. A la pregunta de Tolstoi, si le permite acompañar a su regimiento, el oficial a cargo, el capitán Chlopow, le contesta: “De permitir, se lo permito. Pero le aconsejaría que mejor no se meta en esto. ¿Para qué correr riesgos?” Y le recomienda la lectura de una obra estándar sobre la guerra, la cual describe minuciosamente dónde se ubicaba cada cuerpo de ejército y cómo se desarrolló cada batalla. Precisamente eso no le interesa, dice Tolstoi. “¿Pero entonces qué? Acaso sólo quiere ver cómo se mata a la gente?” No, contesta Tolstoi, y plantea una pregunta que incluso hoy, 150 años después, sigue sorprendiendo por su ingenuidad: él quiere saber qué es el valor, por qué los soldados van a combatir y a morir. “Valor demuestra”, dice el capitán Chlopow, “quien se comporta como es debido” —una frase que Tolstoi anota en su diario, pues la encuentra más convincente que la definición de Platón, según la cual el valor es “saber lo que es de temer y lo que no lo es”, que le parece demasiado teórica. Tolstoi acompaña al ejército ruso en una expedición represiva, en el transcurso de la cual se saquea y destruye un *aul* (aldea en las montañas) checheno; los habitantes del pueblo son masacrados por los soldados. Hay dos cosas que desconciertan a Tolstoi: a pesar de estar asignado al Estado Mayor, no logra tener una visión general de la operación. El proceder del ejército le recuerda el de una persona que agita un hacha en el aire. Y la orden de aniquilar el pueblo, proveniente del comandante, el príncipe Barjatinski, es dada más bien al pasar, como si ordenara servir la mesa durante un baile: “‘Pues bien, coronel, que la gente proceda a incendiar y saquear, ya veo las terribles ganas que tienen’, dijo sonriendo”.

El relato de Tolstoi *El Asalto*, escrito bajo la impresión directa de los acontecimientos, es poco maduro en términos literarios. El texto, basado en notas de su diario de vida, se lee como el informe de un corresponsal de guerra —carece de la necesaria distancia. Sólo diecisiete años más tarde, en su obra principal *La Guerra y la Paz*, el autor procesa y condensa literariamente sus experiencias acumuladas en el Cáucaso, refundiéndolas en una novela, cuyo héroe, Pierre, es un civil, quien —igual que el joven Tolstoi— no entiende nada de estrategia militar, errando sin rumbo entre muertos y moribundos por el campo de batalla de Bordinó —con una mirada ajena que revela mejor que cualquier supuesto conocimiento técnico la crueldad del combate. Como es sabido, *La Guerra y la Paz* es una novela histórica, cuya trama se desarrolla en la era napoleónica. Tolstoi necesitó otros treinta años para presentar sin filtro esta traumática experiencia bélica de su juventud en su obra tardía *Hadshi Murat*. De tales experiencias que abarcan una vida entera nace la gran literatura; la actualidad de esta novela escrita hace cien años frente a la guerra actual en Chechenia salta a la vista:

“Sado partió con los parientes, pala y picota en mano, a excavar la tumba para el hijo. El anciano abuelo estaba acurrucado contra el muro de la choza destruida y pelaba la corteza de una varilla con la mirada perdida. [...] Desde todas las casas y desde la plaza, a la que fueron llevados otros dos muertos, se oían los lamentos de las mujeres. Los pequeños lloraban con las madres. El ganado hambriento bramaba por forraje que no había. Los niños mayores no jugaban, sólo miraban con ojos asustados a los adultos.” (*Hadshi Murat*)

6

No era el primer muerto que yo había visto en Haití, pero éste se grabó de manera más profunda en mis recuerdos. No parecía dormir, como se estila decir en los clichés piadosos. En sus ojos desorbitados parecía haberse plasmado el horror de lo sucedido. Probablemente, había estado en una discoteca y al regresar a casa fue interceptado por una patrulla militar a la cacería nocturna de verdaderos o imaginarios opositores al régimen militar, ya que las poblaciones pobres ubicadas en el camino al aeropuerto eran consideradas reductos del presidente Aristide, elegido democráticamente. Los paramilitares tiraban los cadáveres en una pila de basura al borde del camino, donde permanecían como seña de amedrentamiento. Los pobladores no se atrevían a enterrar a los muertos, por miedo a las represalias de la policía.

Cuando volví a ver al muerto 24 horas después, ya no estaba de espaldas, sino en posición ventral. Los ladrones lo habían despojado de sus zapatos; los perros o los cerdos callejeros, que en Haití circulan libremente por los barrios pobres, habían arrastrado el cadáver hasta el otro lado del camino y lo habían destripado. Resulta mejor no describir la escena y quizás justamente por ello, Alex Webb, el fotógrafo que me acompañaba, prefirió fotografiar solamente sus pies desnudos.

Curiosamente, no me hice ninguna de las preguntas que se haría cualquier lector o televidente y que son respondidas breve y sucintamente por los comentarios del locutor o los subtítulos de las fotos: cómo se llamaba el joven, en qué trabajaría, cómo y por qué fue asesinado. No se trata de que estas preguntas no me interesen, pero me resultaban superficiales en presencia de esta vida humana que había encontrado un final tan brutal. En vez de ello, y viendo que los transeúntes pasaban cubriéndose la nariz con un pañuelo mientras observaban furtivamente al muerto, recordé un verso de mi profesor Walter Höllerer que, según me parecía, describe mejor la pesadumbre existencial de la situación que cualquier otro comentario: “Yacía sin estorbo a la vera... del camino”. Y aunque el verso de Höllerer no fue inspirado bajo el sol tropical de Haití, sino bajo el frío y la nieve durante la retirada del ejército alemán a través de un paso de los Alpes italianos, retrata los acontecimientos con mayor fidelidad que cualquier comentario pretendidamente objetivo, porque su autor siente a un hermano en ese anónimo muerto, y no sólo a un soldado caído: “No era un esclavo, no, quien murió fue mi hermano”, dice Antígona, y Kreon le responde: “El enemigo nunca es amado, tampoco muerto”. Años después, al leer la tragedia de Sófocles, descubrí que yo, sin saberlo, había descrito una escena primitiva de la historia humana. Pero aún no pensaba en eso cuando, frente al anónimo muerto, recordaba los versos de Höllerer.

7

Nunca sentí la fascinación estética de la guerra, pero sí el vértigo de la violencia y la atracción del mal, algo que durante mucho tiempo tomé como una mentira piadosa de dudosos apóstoles de la moral. Hoy sí creo que el mal existe y he experimentado en mí mismo su efecto contagioso. Quien lucha contra monstruos se convierte a su vez en monstruo, escribe Nietzsche. Ocurre que los horrores que presencié en mis viajes a regiones en crisis me han insensibilizado cada vez más frente a los sufrimientos de las víctimas —incluso, peor aún, me he sorprendido gozando del espectáculo obscuro de la humillación pública de un ser humano.

“Jägermeister - Europe’s most. Popular liquor” (el licor más popular de Europa) se lee en la polera del alcalde, quien antes del ataque de los rebeldes trabajaba como guardia en la minera sudafricana Rutile Mining Company y que ahora organiza la autodefensa de la población local. Su nombre es Alfred Bangali, tiene 43 años y doce hijos, cuatro de los cuales murieron durante la guerra civil en Sierra Leona. Nos rodean chozas en ruinas con sus techos de paja destruidos por el fuego; no sólo las casas, también los troncos de los árboles están tapizados de impactos de proyectiles, pero una esquirla de granada, inofensiva para una palmera, puede ser mortal para una persona. (En el borde de una plantación de piñas cubierta por la maleza han enterrado a las víctimas de los combates en una fosa común. La tierra alrededor está cubierta de ciempiés muertos, cuyos caparazones de quitina crujen bajo las suelas de mis zapatos.)

“Nyandehun Village, Imperi Chiefdom, Bonthe District, Mende people” —con estas palabras el alcalde nos presenta a sus guerreros, hombres jóvenes armados con machetes, lanzas y bayonetas, cuyos troncos están pintados de color blanco y adornados con fetiches de huesos de animal y conchas *kauri* para conferirles invulnerabilidad. Uno de los combatientes agita una Kalaschnikow y lleva cartuchos en la boca para intimidar al enemigo. Los *kamajoor*s —así se llaman los miembros iniciados en ritos de caza y guerra de la cofradía de hombres— se ven como los nativos de una película de Tarzán. Pero el juego es serio: llegan empapados por el sudor después de la carrera arrastrando a un prisionero amarrado con cuerdas, supuestamente un espía del ejército rebelde, y a quien sorprendieron en un campo de maíz en las cercanías. El prisionero tiene catorce, a lo sumo dieciséis años; está sangrando de una herida en el brazo y tiembla de miedo mientras sus guardias le ponen los machetes y las bayonetas en el cuello y le hunden el cañón de la Kalaschnikow en el vientre. Dicen que se hizo pasar por *kamajoor* y que robó dinero de una choza, *mil leones*, dice Alfred Bangali, lo equivalente a más o menos un dólar. No tengo tiempo para pensar si la historia es verdadera o inventada para impresionar a los visitantes extranjeros, porque cuando el alcalde pregunta a los presentes qué se debe hacer con el espía, todos están a favor de su ejecución; como a modo de ensayo, comienzan a rajar su pecho con las puntas de los machetes y bayonetas hasta que brotan oscuras gotas de sangre. Le ruego al alcalde que perdone la vida del prisionero y lo entregue al ejército regular o a los soldados sudafricanos, pero la colaboradora de una organización caritativa tiene otra opinión. Según ella, la justicia penal es asunto de las autoridades locales y yo no tendría derecho a inmiscuirme en los asuntos internos de una aldea africana. “El ladrón está con suerte”, dice

Alfred Bangali, “sin su intervención ya sería hombre muerto.” Lo que más me asustó no fue la brutalidad de los *kamajoor*s, sino mi propia reacción: entré en un estado de excitación delirante que aumentó hasta convertirse en placer sádico, cuando comenzó a chorrear la sangre del muchacho. No, el recuerdo me traiciona, fue el espectáculo del esbirro armado quien, con la lengua afuera, lamía con avidez una gota de sangre de la punta de su bayoneta: un detalle obsceno que se incrustó como grabado con ácido en mi memoria. El rostro del hombre estaba desencajado de placer y odio, mientras que el tronco desnudo del prisionero al que apuntaban armas desde todos lados, ejercía un efecto erótico, como el martirio de San Sebastián. Íntimamente sentía deseos de participar en su tortura, mientras peleaba por la vida del joven. En un instante de descontrol irrumpió lo bárbaro bajo el delgado barniz de la civilización.

8

En el *nuevo ordenamiento mundial*, proclamado por George Bush padre, al término de la Guerra Fría, no había lugar para conflictos armados y menos aún en Europa, donde se creía haber extraído las lecciones correctas de su historia. La guerra era sin duda lo otro inconcebible: un estallido de violencia atávica, que hizo añicos en forma sangrienta el sueño de la sociedad civil y la multiculturalidad esbozado en los discursos. Y porque no puede ser lo que no debe ser, nos resistimos a enterarnos de la monstruosa realidad y escondimos la cabeza en la arena. No deseo volver a plantear la discusión sobre los pros y los contras de la intervención de la OTAN en Bosnia y, posteriormente, en Kosovo. Más que el ritualizado intercambio de golpes, en el cual eran previsibles con exactitud los argumentos de ambas partes, me irritaba la posición de aquellos sabelotodos, que reducen una compleja amalgama de tradiciones históricas y conflictos sociopolíticos a un único motivo económico: igual si son diamantes o petróleo, como si se pudiera impedir una guerra cerrando un oleoducto y con ello se imposibilitara a los señores de la guerra continuar con ella, ¡lindo sería! Tales intentos de explicación no son ni correctos ni falsos, son simplemente banales. Esto no quiere decir que el interés de lucro no deba ser considerado, pero constituye sólo un elemento en la compleja amalgama de la que estamos hablando.

“Justamente el hecho de que una explicación sea extremadamente chocante, puede ser lo que te lleve a aceptarla”, reza en las *Disertaciones sobre Estética* de Ludwig Wittgenstein, tras las cuales se esconde una

polémica con Freud: “Especialmente una explicación del tipo, en realidad esto, es sólo eso”, a lo cual Wittgenstein agrega como argumento: “Muchas de estas explicaciones son aceptadas porque tienen un atractivo muy particular. La idea de personas con pensamientos inconscientes es atractiva. La imagen de un submundo, un escondrijo misterioso, escondido, inquietante. Remitirse a la historia de ambos niños que meten una mosca viva en la cabeza de una muñeca, entierran la muñeca y arrancan (¿por qué hacemos algo así?, simplemente hacemos cosas de ese tipo)”.

Lo que Wittgenstein ejemplifica aquí coincide sorprendentemente con un cuento de los hermanos Grimm, que por su cándido tono y el abandono de toda moral, lleva la desilusión a su clímax. El reparto de papeles entre victimarios y víctimas es aquí tan fortuito como el asesinato, que se lleva a cabo, literalmente en un giro de mano. Culpa e inocencia aparecen como las dos caras de una misma cosa y la historia no ofrece ningún consuelo metafísico que haga más soportable lo insoportable. El cuento confirma la deprimente conclusión de Wittgenstein: no son los otros, somos nosotros mismos los que hacemos algo así, sin saber la causa.

“Y mandaron a un muchachito a hacer el papel de carnicero, a otro, a representar a un cocinero y, a un tercero, a hacer de puerca [...] Según lo convenido, el carnicero se abalanzó sobre el muchacho que hacía las veces de puerca, lo derribó y lo degolló con el cuchillo, a la vez que el cocinero recogía la sangre en una fuente. Un concejal, que casualmente pasaba por el lugar, es testigo de esta desgracia y se lleva inmediatamente al carnicero a la casa del alcalde, quien a su vez congrega a todo el Concejo. Todos reunidos discutieron sobre el hecho, sin saber qué decidir sobre ello, pues podían apreciar que había sido realizado con candidez infantil”. □